

LA FIGURA DE LA BEATA EN *EL PADRE HORÁN* (1848): LA NACIÓN, EL DISCURSO MODERNO Y LA MUJER¹

Mercedes Victoria Mayna Medrano
Pontificia Universidad Católica del Perú

La creación de la nación peruana no solo tuvo como eje central un cambio político, sino que trajo consigo la necesidad de repensar una nueva configuración cultural, social, religiosa y económica. Es más, es el momento de reflexionar acerca del lugar social de cada individuo o clase (mujeres, religiosos, indios, negros, entre otros) con el objetivo de construir una nación, en principio, moderna. Es en este sentido que la configuración del lugar femenino en la nueva nación moderna comienza a pensarse desde diversos discursos.

De esta manera, se ha estudiado la idea de que, para Latinoamérica, uno de los discursos desde el que se pensó más el rol femenino fue el de la literatura, ya que estaba en estrecha unión con la ideología estatal de la construcción de una nueva nación moderna. Por ello, Julio Ramos sostiene que, más que escritores, habían letrados y que el escribir (que incluye la actividad literaria) “era una práctica racionalizadora, autorizada por el proyecto de consolidación estatal” (1989: 62) Por ello, la literatura –o las letras en general– ocupó un lugar fundamental en la propagación de los roles que le correspondían a cada actor social dentro de una nación que buscaba consolidarse. Así, la mujer no estuvo fuera de este proceso: el siglo XIX, desde los cuadros de costumbres, el teatro y las novelas de folletín, presentaron imágenes de lo que era ser mujer y, principalmente, de lo que debería ser, modelando sus costumbres y conductas.

Sin embargo, es importante tener en cuenta cómo este discurso, a pesar de ser necesario, tenía problemas para alcanzar un gran número de lectores, ya que aún, en nuestro país, era poca la presencia del libro (que además era elitista, porque pocos podían adquirirlo). Es por ello que la prensa fue de vital importancia para la actividad literaria, debido a que se consolidó como el soporte democratizador de la lectura por su capacidad de llegar a diversos sectores sociales y económicos de modo diverso. Como lo menciona Marcel Velázquez, las novelas de folletín

(como lo fue *El padre Horán*) cumplieron un rol cercano a ser “parte de una biotecnología masiva que pretendía educar y disciplinar a los lectores en determinadas sensibilidades y cosmovisiones funcionales a los proyectos políticos hegemónicos” (2004: 2). De la misma manera, la estética romántica que sigue la novela refuerza su carácter formativo, ya que, según el mismo Velázquez, muchas de estas (y *El padre Horán* es una de ellas) pretendieron propagar “líneas de acción para el futuro de la sociedad” (2003: 290). Entonces, entre novelas de folletín, espectáculos teatrales y otro tipo de políticas educativas se empieza a configurar, entre tantos otros sujetos, el papel de la mujer dentro de esta nación moderna que se buscaba constituir.

A pesar de este interés por la construcción de la nación, el Perú tuvo problemas, por su situación especial frente a España, para separarse rápidamente de las instituciones y costumbres coloniales. Por ejemplo, la permanencia de la Iglesia seguía siendo necesaria, ya que se consideraba esencial: era “el eslabón entre la cultura dominante y la clase popular” (Martínez 1992: 228); además, necesitaba su legitimación moral sin la cual “difícilmente podía el poder civil construir las bases de un Estado moderno” (Martínez 1992: 228). Por otro lado, se mantenía una fuerte movilidad social de las mujeres que con el famoso traje de la tapada en Lima, como afirma Francesca Denegri, se constituían como un agente que se podía desplazar públicamente con gran libertad (2004b: 425).

Sin embargo, muchas de estas formas de comportamiento e instituciones muy presentes al inicio de la vida independiente peruana van volviéndose motivo de crítica, especialmente, desde el discurso letrado oficial, el cual las encuentra como un retraso en el proyecto moderno liberal que se comienza a gestar con mayor fuerza a partir de 1845 en adelante, con la llegada al gobierno de Ramón Castilla, tal como menciona Denegri (2004a: 34).

Es en estas circunstancias que se comienza a hacer más fuerte la necesidad de una sociedad laica en la que el poder religioso debía estar controlado por el civil y se inicia, también, el debate de la importancia de la educación femenina en el que se considera que la mujer tiene un rol fundamental dentro de la sociedad, ya que “ellas tenían la mayor influencia sobre los hijos” (Villavicencio 1992: 37), quienes posteriormente serían los futuros ciudadanos. Por tanto, la mujer se comienza a repensar desde la figura del “ángel del hogar”². Es en este contexto que se publica, en 1848, *El padre Horán* de Narciso Aréstegui y lo que me interesa analizar dentro de esta novela es la figura de la beata.

En principio, se debe saber que este personaje no es una figura poco usual, sino que se repite con representaciones similares en varios autores del siglo XIX. Además, considero que esta imagen es, claramente, una crítica negativa hacia este personaje femenino prototípico de la Colonia y que sobrevive hasta el inicio de la República como parte de una institución colonial por antonomasia: la Iglesia. Es más, José Gálvez le dedica un capítulo en su libro *Una Lima que se va*, donde agrupa a las beatas y, en una de sus clasificaciones, la caracteriza de la siguiente manera: “hay un tipo de beata infernal e inaguantable (...) llevan a sus casas, cuando vuelven del templo, un semillero de malévolos chismes y un humor endemoniado que la beatitud y la oración no lograron sacarles del cuerpo” (1947: 104).

Por tanto, me parece, y eso es lo que voy a intentar probar, que esta representación de la beata, que conjuga lo femenino y lo religioso, responde a la necesidad de configurar un nuevo rol de la mujer dentro de la sociedad republicana moderna en el que se encuentre, por un lado, bajo el orden patriarcal secular, ya no religioso, y, por el otro, recluida al ámbito de lo doméstico (la formación del ángel del hogar).

Es importante, en primer lugar, definir qué es una beata y cuándo se consolida esta forma religiosa popular en el Perú. En principio, es claro que esta forma de devoción es importada al Perú desde España. Asimismo, las beatas eran independientes de las órdenes religiosas a pesar de que algunas de ellas usaban hábitos y seguían sus reglas. Según Mannarelli, “estas mujeres encontraron en la deliberación íntima del yo una promoción individual; no más esposa/madre, religiosa o prostituta sino sujeto de su propia elección” (1999: 45). De la misma manera, las beatas contaban con una reputación de santas que las hacían objetos de veneración, pero, también, las volvía sospechosas de herejía. Entonces, esta excesiva independencia representó un problema para la misma Iglesia (Mannarelli 1999: 44-45).

Sin embargo, la pregunta a realizarse es: ¿cuán cerca o lejos está Bríjida de esta descripción histórica? En la novela que analizaré, la beata aparece ante los ojos de algunos personajes como santa y poseedora de un saber religioso importante; pero, al mismo tiempo, es vista con recelo y desconfianza por otros de los personajes del mismo texto. Esto hace evidente que, por más que la beata haya sido una figura importante históricamente, en el momento en que este texto se escribe la imagen que encontramos de ella a través de los personajes está revestida de una figura de la tradición literaria, de la cual se extraen ciertas características que la configuran de manera negativa ante los ojos de los lectores(as) del siglo

XIX. Esta figura literaria sería la Celestina que, a su vez, se remonta a la Trota-conventos del *Libro de buen amor*, y esta a otras viejas alcahuetas y codiciosas de la tradición clásica y europea. Entonces, lo interesante será ver cómo Bríjida dialoga con esta tradición de viejas alcahuetas, ambiciosas, egoístas, traidoras, y motor de las acciones y los desenlaces trágicos (o negativos). Pero, a la vez, también es importante apreciar cómo difiere de estas.

Es por ello que me gustaría revisar esta figura en tres ejes que se relacionan. El primero, y más importante, es el componente religioso, que se configura desde la denominación de “beata” hasta su discurso, que le brinda un poder sobre otros sujetos. El segundo es la otra fuente que alimenta su poder, es decir, el chisme (conocimiento popular de las historias de los otros), adquirido por su gran movilidad social (este, además, le permite opinar y aconsejar con conocimiento de causa). El tercero es el hecho de que este poder que desencadena acciones en la trama no se da de manera directa, sino que se hace concreto a través de otros personajes femeninos.

UN PRIMER ACERCAMIENTO: ENTRE LA ESTIRPE CELESTINESCA Y LA SINGULARIDAD

Antes de desarrollar los ejes antes planteados haré una breve revisión de las características más importantes de la beata Bríjida. En principio, lo que la liga a la tradición celestinesca es su papel de “tercera”. Por supuesto que en el caso de Bríjida su papel de tercera es atípico, ya que está sirviendo de intermediaria amorosa entre un cura y una niña (claro que a pedido del primero y sin conocimiento de la segunda), y no entre dos jóvenes como Calixto y Melibea.

Asimismo, otro aspecto que la une a la Celestina es su ubicación social: ambas son sujetos que pertenecen a la clase baja, pero tienen la entrada libre a la “clase media” (en el sentido de una clase económica con algún poder adquisitivo) y pudiente. De la misma manera, su edad y su aspecto físico coincide con los de la Celestina, ya que ambas son descritas como viejas y feas. Es más, Bríjida posee una fisonomía lo suficientemente desagradable como para que sea descrita por el narrador de *El Padre Horán*, en el capítulo titulado “Bríjida”, publicado el jueves 31 de agosto de 1848³, de la siguiente manera: “su arrugada fisonomía, como de 65 años, repugnante por su irregularidad, solo inspiraba antipatía” (*El Comercio* 2751: s/n). Así, la fealdad y la vejez de esta beata son solo una evidencia de la coincidencia de lo interno y lo externo, ya que su aspecto físico devela su moral (característica de la estética romántica).

Entonces, más allá de este cuerpo del mal que se presenta en Bríjida, también podemos encontrar síntomas de una femineidad que por momentos se hará presente –al igual que la Celestina que fue cortesana de joven y que presenta un jugueteo lúbrico con Sempronio (Lida 1962: 509). Me refiero con esto a que Bríjida tiene una relación tan cercana a Horán que, a veces, sus encuentros pueden dar a entender la existencia de una atmósfera erótica fuerte, confundida entre los arrebatos lúbricos del cura. Por ejemplo, en el capítulo “Conferencia nocturna” de la novela de Aréstegui, publicado el sábado 26 de agosto, apreciamos la siguiente escena entre Bríjida y Horán: “... ¡oh! ¡Bríjida!...-repitió aproximándose a la beata con los brazos abiertos.” (EC 2748: s/n).

Además, ella también se preocupa de su honor femenino que puede perder si es que piensan mal de sus encuentros a solas con Horán. Por ello, en el capítulo titulado “Como-usted” del jueves 30 de noviembre, Bríjida afirma:

-Nos quedaremos á oscuras...Este cuarto no tiene ventanas...
-Para tratar de nuestros asuntos... (dijo Horán)
-¡Qué dirán los del frente!...murmuró la beata obedeciendo á Horan.
-Dígan lo que quieran... (dijo Horán)
-¿Y mi honor?..
(...)
- ¡Señor!... repuso Bríjida (...) – soy mujer
(EC 2828: s/n. Subrayado mío)

Así, recalcando la expresión señalada, podemos concluir que en este personaje la idea de su naturaleza femenina está presente.

Por otro lado, Bríjida se presenta como antimoderna, ya que está contra todo tipo de libro que contenga un discurso distinto al tradicional –eclesial– porque corrompe a la juventud con su herejía. Por ejemplo, al referirse a las lecturas de algunos libros señalará, en el capítulo “Bríjida” del jueves 31 de agosto, lo siguiente: “Esos libros impios, que se venden desde la *venida de la patria*” (EC 2751: s/n). Es claro, entonces, cómo la beata se construye como antimoderna porque está en contra de todo aquello que atenta contra la religión católica, y que para ella estos libros son negativos por la herejía que contienen. Esto, además, se hace más patente cuando Bríjida relaciona la llegada de estos textos con el advenimiento de la patria independiente. Es decir, está en contra de la república y del Estado laico que se pretende implantar.

Por lo tanto, esta beata comparte rasgos con la estirpe celestinesca, entre los que destacan su carácter marginal (por supuesto menos explícito que el de la Celestina), su papel de tercera y su femineidad. Pero también posee rasgos propios: su antimodernidad, su antirepublicanismo y su carácter principalmente religioso antes que el de alcahueta amorosa.

BEATA: RELIGIÓN Y PODER

Es importante, además, tener en cuenta que aquello que se presenta como fuente del poder de esta mujer es, en principio, su conocimiento y discurso “teológico”, su contacto con autoridades religiosas y su imagen de santa beata ante algunos personajes claves para la historia. De esta manera, el poder de Bríjida radica en su imagen de santa, de asidua concurrente a la iglesia, lo que la hace, además, digna de confianza ante los ojos de ciertos personajes. Precisamente, ella es vista por Paulina como más que una vieja beata. Por ejemplo, en el capítulo “Juan Bautista y su esposa” del martes 22 de agosto, se señala que, para Paulina, Bríjida es: “una santa señora” (EC 2744: s/n).

Por otro lado, lo que refuerza esta imagen de beata es su discurso teológico, ya que esta mujer es considerada por Paulina, en el capítulo “Bríjida”, publicado el 31 de agosto, como “un pozo de ciencia” (EC 2751: s/n). Asimismo, en dicho capítulo, se refuerza su discurso doctrinal, ya que la beata hace gala de haber hecho ciertas lecturas teológicas: “Sin acordarnos de los perpetuos padecimientos, *que duran siglos de siglos y millones de siglos*, como se lee en Flos Sanctorum, nosotros la precipitamos á los *profundos*, para que vaya á sumerjirse” (EC 2751: s/n). Entonces, santa y poseedora de un saber religioso es digna de admiración y de confianza, pero ¿ante quiénes?

Ya he mencionado que esto sucede frente a un personaje importante para la trama: la madre. De esta manera, en el caso de Angélica, es Paulina quien posee el poder absoluto sobre la vida de su hija, su familia y su hogar, y es ella quien está bajo el influjo de Bríjida, sin capacidad crítica para distanciarse de él. Sin embargo, esta misma imagen de beata será en otros personajes reconocida como un símbolo negativo y de desconfianza. Por ejemplo, Juan Bautista (el padre, varón y ciudadano laico) advierte que el físico de Bríjida no se corresponde con la imagen de santa que pretende proyectar. Por ello, en el capítulo “Juan Bautista y su esposa” del 22 de agosto, el padre de Angélica dice que Bríjida posee una cara “no muy católica” (EC 2744: s/n).

Entonces, ¿cómo es que esta imagen de santa beata y de digna de confianza funciona sobre algunos personajes y sobre otros no? La hipótesis que manejo respecto de esto se conduce en el plano de la negación, ya que dentro de esta familia ni la mujer del futuro (Angélica) ni el hombre de la casa (Juan Bautista) creen ciegamente en la beata. Es decir, se busca circunscribir el campo de influencia de esta sobre mujeres de cierta generación, mas no sobre el sexo opuesto, ni sobre las futuras ángeles del hogar.

EL CHISME, EL PODER DE LA PALABRA, LA MOVILIDAD SOCIAL Y LA INDEPENDENCIA

De la misma manera que la imagen y el discurso religioso representan una fuente de poder para Bríjida, el conocimiento de la vida de los otros transmitido de manera oral (es decir, el chisme) también lo es. A esto debo añadir que este conocimiento que posee es consecuencia de su gran movilidad social, que le permite desplazarse en distintos espacios de la ciudad; además, esta movilidad se debe a su independencia, ya que no vive bajo ningún tipo de mandato masculino secular o doméstico.

Por otro lado, la beata posee un desplazamiento social importante en el espacio ficcional de la novela. Nunca la encontramos estática, sino más bien moviéndose en espacios diferentes: la iglesia, la casa de Paulina o de la señora Gertrudis, su propia casa, la calle, etc. También es la principal fuente de conocimiento acerca de la vida de Angélica que Horán posee y ella misma se enorgullece de que muchos sientan confianza hacia su palabra y, por ello, le cuentan sus secretos. Por ejemplo, en el capítulo titulado “El cuarto de Bríjida”, publicado el 16 de octubre, la beata le dice a Horán lo siguiente:

Tengo la fortuna de que todas las personas que me tratan, me consideran más de lo que merezco... Algunas me hacen sus confianzas, me consultan, exigen mi parecer... ¡Oh! ... ¡Tengo reputación de muy científica entre las señoras! (EC 2790: s/n. Subrayado mío).

Es más, Bríjida no duda en ejemplificar, en el mismo capítulo, lo que le ha contado al cura con uno de sus últimos chismes:

-Como decía a U., [Horán] el esposo de esa señora, [se refiere a Gertrudis] es de *ojo alegre*...- En días pasados, la señora Gertrudis fué in-

formada por mí de una cierta conversacioncita que escuché al pasar... a D. Bonifacio [quien] Hablaba muy cariñosamente... y en la calle... !qué escándalo!...con una joven (*EC 2790: s/n. Subrayado mío*).

Obviamente, es importante reconocer cómo para Bríjida brindar información a doña Gertrudis respecto del encuentro de su esposo con cierta joven en la calle es un deber para con las buenas costumbres, pero, también, es claro cómo el chisme que trae consigo tiene la capacidad de destruir matrimonios y hogares. Con respecto a lo último, Horán señala: “-Lo que yo veo es... que mas bien ibas á descomponer ese matrimonio” (*EC 2790: s/n*), a lo que ella responde “Los fines justifican los medios” (*EC 2790: s/n*). Esta última frase sintetiza bien la labor que percibe Bríjida de sí misma: guardiana de las buenas costumbres, el chisme se convierte en su arma para garantizar que no existan escándalos que atenten contra estas sin importar si para eso se destruyen matrimonios y hogares.

Esto podría ser contradictorio si es que consideramos que el discurso eclesial que maneja debería garantizar el sagrado sacramento del matrimonio. Sin embargo, es claro cómo a lo largo de esta novela lo importante son siempre las buenas costumbres, el cumplimiento de ciertos mandamientos, el acercamiento a la Iglesia (a través de la confesión⁴), pero no necesariamente la preservación de los matrimonios, no exclusivamente el sometimiento femenino ante la figura del marido, del ciudadano laico. Entonces, podríamos preguntarnos: ¿esta beata socava directamente el poder masculino secular? Sobre la respuesta de esto volveré más adelante. Por ahora, pensemos que el conocimiento de la vida de los otros, conseguido por su gran movilidad social, le proporciona poder de opinión y, a la vez, la vuelve un sujeto desestabilizador de la institución laica matrimonial.

MOTOR DE ACCIÓN Y ¿UNA CADENA DE PERVERSIÓN?

¿Cómo es que el poder de la beata se concreta en la trama? ¿Cómo es que se vuelve motor de las acciones? ¿Por qué es capaz de desencadenar tragedias? Es importante, para responder estas preguntas, recalcar algo que ya he mencionado antes: ella no podría desarrollar ninguna acción ni tener ninguna injerencia sobre la vida de la familia de Juan Bautista si es que no tuviera la influencia y el control moral e ideológico sobre otra mujer importantísima para la trama: la madre. Pero ¿cómo podemos entender esto? Bríjida se convierte en consejera moral de Paulina y en paradigma de la sabiduría que ella considera que debe seguir para obtener un beneficio: una educación católica ejemplar. Por lo tanto, la relación

entre Paulina y Bríjida se convierte en una cadena porque también está involucrado Horán, como lo explicaré a continuación.

A la relación antes descrita la denominaré “cadena de perversidad”. Cuando asumo este término lo hago desde la perspectiva lacaniana, bien explicada por Juan Carlos Ubilluz: “la perversión no es una simple desviación de la norma o de la moral sino una estructura en la cual el sujeto se objetiviza como el instrumento de la voluntad de goce del Otro⁵” (2006: 32); pero va más allá, porque el perverso goza de lo que le es impuesto (2006: 54). Por lo tanto, el último eslabón de esta cadena, que he denominado “de la perversidad”, es Paulina, quien es la que tiene el poder dentro de su hogar y sobre los miembros de su familia. Es ella la que, directamente, realiza las acciones que desencadenarán el trágico final: la muerte de Angélica. Esto se debe, obviamente, a la admiración ciega de Paulina hacia Bríjida, a tal punto de que su esposo le dice que le ha vendido su alma.

Claramente, para ella, la beata es representante directa del gran Otro porque maneja su discurso e imagen. Paulina comienza a hacer todo aquello que Bríjida le aconseja respecto de la educación de su hija y hasta llega a convertirse en instrumento del goce de Bríjida a tal punto que desea lo mismo que esta. Por ejemplo, en el capítulo titulado “Un médico”, publicado el 29 de setiembre, Paulina dice: “Yo prefiero lo que dice la señora Bríjida” (*EC 2776: s/n*). Es decir, ella sabe que si cumple aquello que Bríjida considera como lo mejor (que en este caso es que Miguelito, su hijo, sea sacerdote) estará en consonancia con el goce de esta, pero a la vez podrá conseguir gozar ella misma viendo a su hijo como sacerdote.

Sin embargo, ¿es solo Paulina objeto del goce de Bríjida? Por supuesto que no, porque claramente el último eslabón de esta cadena es Horán. Él es el representante del gran Otro para Bríjida y ella no se cansa de someterse a sus deseos, de posicionarse como objeto de su voluntad de goce, a través de la cual goza también. Por ejemplo, en el capítulo “El cuarto de Bríjida” del 16 de octubre, observamos lo siguiente: “La beata contemplaba con alegría á Horan” (*EC 2790: s/n*), o apreciamos que ella le dice: “los gustos de U. me tocan muy de cerca” (*EC 2790: s/n*).

Podemos apreciar, en este caso, que Bríjida es claramente un instrumento de Horán, ya que a través de ella este puede conseguir lo que quiere: acercase a Angélica. Además, a pesar de que Bríjida puede sospechar que las intenciones de Horán no son tan católicas, su fe ciega y fanática le impide no cumplir con lo que él le pide. Así, en el capítulo “Conferencia nocturna” del 26 de agosto, el narrador de la novela nos señala lo siguiente:

La beata empezaba ya á vislumbrar que tal vez no serian muy católicas las intenciones del reverendo,...[pero] Hija de confesión de Horan, no se atrevia Bríjida á demandarle ninguna explicacion: no hacia sino pedirle órdenes con aire de la mas sumisa voluntad (EC 2748: s/n. Subrayado mío).

De esta manera, podríamos inferir (y eso es lo que se esperaba que hicieran los lectores de la novela en el siglo XIX) que esta beata, con su influencia sobre un “sujeto” que posee el poder de acción dentro de la familia laica, es motor de acción, desencadenante de la tragedia y desestabilizadora de esta institución. Asimismo, es claro que una mujer embriagada en un fanatismo religioso, que le impide distinguir lo bueno de lo malo, es un peligro para cualquier sociedad, más para una que se quiere plantear como moderna y sobre bases seculares. Por otro lado, es importante notar, como lo hace Marcel Velázquez, que Bríjida también es motor de acciones colectivas como la que protagonizó durante la sublevación de los cuzqueños por el Señor de los Temblores. En esta revuelta, ella se masculiniza al portar dos pistolas y “se instaure como uno de los símbolos de la sublevación” (2003: 296), asumiendo y defendiendo el autoritarismo y el poder de la Iglesia.

CONCLUSIÓN: ¿ELLA SOCAVA EL PODER PATRIARCAL SECULAR?

Por todo lo anteriormente señalado puedo afirmar que lo peligroso en Bríjida es su apego al discurso tradicional eclesial-fanático, su movilidad social, su independencia del orden masculino laico y, tal vez, lo más trasgresor es su claro discurso antipatriarcal secular. Con esto me refiero a que la beata considera que la mujer no puede estar sometida a su marido. Ella es conciente de que los maridos de las señoras que visita no la quieren porque ella les aconseja que no se dejen sojuzgar por ellos y que eso es una acción que hace a favor de su género. Por ejemplo, en el capítulo “El cuarto de Bríjida” del 16 de octubre, la beata señala: “algo he de hacer en pró de mi sexo... yo las aconsejo para que no se dejen avasallar... pues los maridos son unos reyes chiquitos” (EC 2790: s/n. Subrayado mío). Sin embargo, no pensemos que Bríjida es predecesora del discurso feminista, ya que aboga por la independencia de la mujer del poder masculino secular. Ella, sin duda, defiende la sujeción de la mujer al poder clerical.

En conclusión, *El padre Horán* se nos presenta como un texto que pretende formar a los nuevos ciudadanos desde su modo de publicación, el folletín, y su es-

tética romántica, que –como ya se ha explicado– pretendía disciplinar y orientar la conducta de los sujetos republicanos. Es más, la imagen negativa que se proyecta de esta beata debe ser uno de los primeros intentos de imaginarse y educar a la nueva mujer moderna y futuro ángel del hogar. Esto sucede porque se deja en claro que no se debe ser como ella, ni tener ningún tipo de contacto con una mujer así.

Asimismo, se desea romper con las fuertes redes de poder horizontales femeninas, clásicamente observadas en obras costumbristas, como *Frutos de la educación* y *Ña Catita*, para reemplazarlas por un nuevo orden vertical de poder: la familia burguesa. Aquí, la mujer estaría confinada a la lucha solitaria por ocupar un lugar (que solo se lograría mucho tiempo después), nunca más acompañada por sus congéneres; además, se insertaría para siempre bajo el mandato del marido o del padre. La lección debió ser clara para cualquier mujer que leyera *El padre Horán*: la fuerte movilidad social y el fanatismo religioso solo podían tener como consecuencia una tragedia capaz de destruir a la familia y a la mujer misma.

Notas

- 1 *Una primera versión de este trabajo fue presentada en el curso Literatura Peruana del siglo XIX (PUCP, 2008-I). Una segunda versión de este trabajo fue presentada en el Congreso Internacional “Perú XIX. Universos discursivos en la prensa decimonónica” (Lima, julio de 2008).*
- 2 *Gilbert y Gubar rastrean en la tradición anglosajona dos figuras femeninas recurrentes en la literatura: el ángel y el monstruo. Este ángel, que se convertirá durante el siglo XIX en el ángel del hogar, se caracteriza por ser clara sucesora de la Virgen María, de la Beatriz de Dante o de la Laura de Petrarca. Es idealmente contemplativa, pasiva, vacía de poder creativo; es decir, carece de un yo y, por ende, no tiene historia propia. Si vive, es para hacer feliz a su hombre o a los suyos; además, es modesta, pura, delicada, dócil, discreta, hacendosa e inocente. Será la base para la construcción de la femineidad burguesa (1998: 36-37).*
- 3 *El Padre Horán, novela de folletín de Narciso Aréstegui, fue publicada por entregas en el periódico El Comercio (EC), entre los meses de agosto y diciembre de 1848. A partir de ahora todas las referencias al texto serán de ese mismo año.*
- 4 *Es importante notar como el tema de los padres espirituales será uno de los que Francisco de Paula González Vigil criticará duramente en su texto “Importancia de la educación del bello sexo”, donde aboga por una educación laica del sexo femenino. Ese texto se publicó por primera vez en el periódico El Constitucional, entre el 15 de junio y el 11 de julio de 1858, y catorce años después en El Correo del Perú (1872).*
- 5 *Siguiendo la teoría de Jaques Lacan, sostiene Ubilluz que el gran Otro, con mayúscula, “no se refiere al semejante (...) se refiere al orden simbólico –las leyes e ideales sociales– que socializa*

el cuerpo y hace de él un sujeto (...) un demás abstracto a quien el sujeto ha otorgado- o no ha tenido más remedio que otorgar- la autoridad para decirle quién es y quién debe ser” (2006: 17).

Bibliografía

- ARÉSTEGUI, Narciso
1848 *El padre Horán. El Comercio*, publicado discontinuamente entre el 21 de agosto y el 30 de diciembre.
- DENEGRI, Francesca
2004a *El abanico y la cigarrera. La primera generación de mujeres ilustradas en el Perú*. Lima: Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán, Instituto de Estudios Peruanos.
- 2004b “La burguesa imperfecta”. Mc Evoy, Carmen (ed.), *La experiencia burguesa en el Perú (1840-1940)*. Frankfurt am Main: Veruert; Madrid: Iberoamericana.
- GÁLVEZ, José
1947 “Las beatitas”. *Una Lima que se va*. Lima: P.T.M.C.
- GILBERT, Sandra y GUBER, Susan
1998 *La loca del desván. La escritora y la imaginación literaria del siglo XIX*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- GONZÁLEZ VIGIL, Francisco
1976 [1858] *Importancia de la educación del bello sexo*. Lima: Instituto Nacional de Cultura.
- LIDA, María Rosa
1962 “Capítulo XV. La Celestina”. *La originalidad artística de La Celestina*. Buenos Aires: EUDEBA.
- MANNARELLI, María Emma
1999 “Beatas e inquisición. El caso de Ángela de Carranza”. *Hechiceras, beatas y expósitass. Mujeres y poder inquisitorial en Lima*. Lima: Ediciones del Congreso del Perú.

- MARTÍNEZ, Rosa María
1992 “La Iglesia americana ante la ofensiva liberal”. *La Iglesia Católica en la América independiente (siglo XIX)*. Madrid: Mapfre.
- RAMOS, Julio
1989 “Fragmentación de la república de las letras”. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- UBILLUZ, Juan Carlos
2006 “Introducción”. *Nuevos súbditos. Cinismo y perversión en la sociedad contemporánea*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- VILLAVICENCIO, Maritza.
1992 “La educación de la mujer en la república temprana”. *Del silencio a la palabra. Mujeres peruanas en los siglos XIX-XX*. Lima: Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán.
- VELÁZQUEZ, Marcel
2003 “Novela romántica y nación: memorias f(r)iccionalas y subjetividades protésicas”. Hamann, Marita (ed.), *Batallas por la memoria: antagonismos de la promesa peruana*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.
- 2004 “Los orígenes de la novela en el Perú: Folletín, prensa y romanticismo”. *Ajos y Zafiros* 6: 15-36.